Celebración del centenario de la conversión de San Agustín en el Estudio Teológico Agustiniano

Con motivo del XVI centenario de la conversión de San Agustín, el Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid organizó unas conferencias, en ocasión de la celebración de Santo Tomás de Villanueva patrono de los estudios de la Orden Agustiniana. Dieron estas conferencias los profesores Ramiro Flórez de la Universidad Autónoma de Madrid, José Luis Pinillos, premio Príncipe de Asturias 1986, y Saturnino Álvarez Turienzo de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Al profesor Ramiro Flórez lo presentó el Dr. Gaspar García-Abril de la universidad de Valladolid. Dijo que era bien conocida la afición de Flórez al estudio de san Agustín al haber publicado *Presencia de la verdad* que es una obra enteramente dedicada a San Agustín. También es conocido que Ramiro hizo su tesis sobre *Las dos dimensiones del hombre agustiniano* con el profesor M. F. Sciacca. Es Flórez buen conocedor también de Hegel, siendo asiduo a los congresos sobre Hegel en Europa. También conoce profundamente a los pensadores españoles Unamuno y Ortega, de modo que ha dado sobre ellos cursos en Alemania. Sobre Hegel ha publicado un excelente libro, *La dialéctica de la Historia en Hegel,* y es uno de sus mejores conocedores en España.

El tema de fondo de las conferencias era: *La conversión de San Agustín, ayer y hoy.*

Para Flórez la conversión de san Agustín es fundamentalmente una recuperación de la identidad y de la vida, perdidas, y ésta es una experiencia que el hombre actual necesita renovar, pues este hombre se encuentra perdido en su mundo, en la externalidad. El hombre ha perdido su razón, su razón de ser también, y necesita urgentemente recuperar el sentido para encontrar de nuevo al mundo como había dicho Husserl al final de *Meditaciones cartesianas,* cuando termina por citar el agustiniano: *Noli foras ire, in te ipsum redi, in in-*

ce eterno. Ante esta experiencia, Agustín se estremece de amor y de horror. Es el Dios, terrible y fascinante, que nos seduce y horripila, del que hablará en términos tan modernos y, a la vez, tan agustinianos Rudolf Otto en *Lo santo,* cuando habla de Dios como el ser misterioso, fascinante: la divinidad, la belleza, la bondad. Pero al mismo tiempo el hombre se siente como rechazado por esa inmensa pureza radiante y trascendente. El hombre de hoy necesita también llamarse a sí mismo a claridad. Dios mismo nos llama por medio de nosotros mismos para que cada cual sea fiel a sí mismo y entre a vivir su verdad. La experiencia de la conversión es este paso, este tránsito, de la vida inauténtica a la vida auténtica. Guardini al describir la conversión de san Agustín, afirma que éste es el momento clave de la conversión agustiniana.

Después, Agustín narra aspectos particulares de esa conversión fundamental, como son la conversión moral, la conversión de lo inmediato, al catolicismo y al monacato, que nos muestran solamente la dificultad para responder a esa llamada más fundamental ya descrita. Agustín describe su miedo a dar el paso definitivo y como buen retórico prepara el acontecimiento final del *Toma y Lee* y lo convierte en un momento decisivo, crucial, definitivo. Ese proceso descrito del libro VII al VIII de las *Confesiones* resalta lo que le costó el cambio a Agustín. Se ve ahí cómo él quería y no quería convertirse. Decía una vez ¡hágase! luego decía: ¡mañana, mañana! Estaba decidido pero nunca decidido del todo, convertido de una vez pero nunca convertido del todo. Quería la vida nueva pero le tiraban los viejos hábitos.

Por fin el encuentro con la verdad, su verdad y la de Dios, le hace pasar a una vida nueva. Antes tenía miedo Agustín de ir hacia el que le llamaba. Es la llamada definitiva de la gran profundidad, que se dirige a sí mismo, viene de mí mismo y sin embargo de por encima de mí. Es el Dios, de la creación y de la gracia, que llama por una y otra pero desde la experiencia humana de la voz de la conciencia. Esa llamada es de mi yo a mí mismo. Y dice Agustín que él era uno y otro. Es el hombre dividido que ya quiere recomponerse pero no acaba de querer del todo. Así dice Agustín que estaba más en el yo de su futuro que en el de su pasado aún no presente. El hombre actual, aunque parezca muy destruido tiene también esa posibilidad de reconstruirse y rehacerse. Esa primera esperanza es ya un paso decisivo. Dios mismo ayuda al hombre actual a volverse a sí mismo.

Hoy el hombre tiene que enfrentarse consigo mismo. Todos sabemos que Dios es amigo del hombre y que desde el abismático fondo de éste, Dios le llama constantemente sin cesar a no destruirnos. Todos sabemos ya muy bien que es inútil que nos hurtemos nuestra vida esencial, pues ese robo permanece en nuestras manos y a nuestro alcance. El hombre actual, como Agustín, sabe que ya no tiene adónde huir. Debe enfrentarse con su propia realidad. Hoy ya no es posible engañarse con un mínimo de buena fe. Lo sabemos muy bien to-

dos. Y hay que regresar de este mundo, fugitivo de la libertad, irresponsable, en fuga permanente. El hombre actual sabe que no tiene otra salida que encontrarse a sí mismo pues nadie está, de buena fe, lejos de sí mismo. Ya no es posible escapar más de sí mismo. Hay que escuchar la llamada que todos tenemos pendiente y pasar a la vida nueva.

Así, ahora, vemos que el escepticismo actual, como el de san Agustín —según solía decir el P. Lope Cilleruelo— tiene un carácter soteriológico. El Espíritu Santo es un gran perturbador, como dice la nueva filosofía, que nos obliga a arrojar nuestras falsas credulidades y nuestras incredulidades. El escepticismo es así, una bendición de Dios para ir a una creencia nueva. Como dice Agustín a Romaniano: Felizmente el hombre ha sido arrojado a esta tempestad. Y como diría más tarde Simone Weil: la vocación del hombre es caminar entre las tempestades. También Dios está en la tempestad. ¡Así la sabiduría nos llama al puerto de la interioridad!, desde el escepticismo vital, para profundas transformaciones y conversiones. Hoy suspiramos más que nunca por la verdad puesto que se nos ha puesto más difícil que nunca. Vivimos también hoy en plena propaganda maniquea incluida la fe en la razón que luego nos decepciona. Así nos hemos vuelto más cautos y la duda nos corroe. Hemos caído en la desesperación de encontrar la verdad. Ya no volveremos a ser fideístas de nada. Como Agustín nos preguntamos, por tanto, por el origen de la vida, su sentido y su fin, Dios y el mal, pues no se entiende ya nada. De hecho, los jefes de la creencia tampoco creen, los augures se ríen de los dioses; Cicerón que era pontífice no sabía si había Dios o no. Es algo tremendo, se duda de encontrar la verdad y ya no se sabe siquiera si vale la pena buscarla.

Esto es Agustín, éstos son nuestros tiempos, tiempos agustinianos de nuevo. Es la hora del nihilismo. La terminología surge en Kant pero el que la acuña definitivamente es Nietzsche. Su loco nos dice que «Dios ha muerto», es decir, que «nosotros lo hemos matado». Lo hemos hecho inútil, no sabemos dónde está, se nos ha escapado porque no quiere vivir más entre asesinos violentos, entre criminales de la inercia y asesinos de la justicia; así en todos los templos se canta: «*Requiem aeternam Deo*». Así en todo los templos y en todas las ciudades del mundo.

Esto no puede finalizar con una simple teología americana de la muerte de Dios pues el dolor humano es mucho más profundo. Por eso en la cuarta parte de los inéditos del *Zarathustra* dice el anciano: Todos los arroyos de mis lágrimas corren hacia ti, y la llama de mi corazón se enciende para ti, *a ti Dios desconocido,* dolor mío, suprema dicha. Dios ha perdido el rostro porque el hombre actual ya no tiene figura, es desechado y desecho de la humanidad dominante.

Dios ha sido destruido al ser convertido en objeto, en criada para todo. Pero Dios nunca puede ser objeto de los intereses del hombre pues así queda-

ría esclavizado en su servicio, reducido al ridículo y arrojado al basurero. Dios, es por el contrario, presencia incondicional, amor invencible, misterio inefable para el hombre, más claro que la luz pero el máximo secreto. No se le puede traer y llevar a nuestro antojo. No se le puede usar para nuestras conveniencias egoístas, pues entonces desaparece. Ésta es la gran crisis religiosa actual. Hoy hay que sacar a Dios de las categorías y de las cajas de intereses tradicionales, que le han inutilizado, y en las que le hemos enterrado.

Así el lenguaje actual sobre Dios está, por completo, contaminado. Pero no podemos dejar de hablar de Dios. ¡Ay de los que callan!, dice san Agustín. Necesitamos nuevos horizontes. Hay que estribar en el hombre nuevo para encontrar a Dios: «No quieras derramarte fuera, vuélvete a ti mismo, en el interior del hombre habita la verdad, y si te encuentras limitado trasciéndete a ti mismo». No podemos encerrar a Dios en nuestras limitaciones, ni reducirlo a nuestra razón instrumental interesada, ni a nuestros ilustres egoísmos. Tenemos que contrastar nuestras verdades, demasiado humanas, con la Verdad. Necesitamos ponernos en cuestión a nosotros mismos, dudar de nuestros dogmatismos particularistas para captar la verdad universal, católica. No debemos crear la verdad a nuestra imagen y semejanza, sino descubrirla en la vida auténtica. Como dice Leopoldo Panero, hay que «inventar» a Dios, no captutarlo ni reducirlo a nuestras necesidades. Dios es siempre mayor que nosotros, siempre misterio, nadie lo puede reducir a su propiedad particular. Dios es el infinito, el divino descontento del hombre, como un amor sin amado, como un dolor infinito que sentimos en lo que nos falta. Dios nos sobrepasa, no lo podemos reducir a nuestras propiedades. Hay que buscarlo de nuevo con un corazón nuevo, con una nueva inquietud por algo fundamental que nos falta. «¡Dios nos falta!», decía Ortega.

Si queremos buscar al hombre y encontrarle de nuevo hay que buscar de nuevo a Dios y viceversa. Dios y el hombre son inseparables. Sciacca decía que hay que hacer un antropocentrismo crítico o un teocentrismo humanista: *Noverim me, noverim te.* Si no me encuentro a mí mismo no puedo encontrar a Dios y viceversa. Cuando Agustín comunica a Romaniano que se ha convertido le dice así: Me he encontrado a mí mismo, y pido a Dios que «te tibi redat», que, «te vuelva a ti mismo».

Si no volvemos a nosotros mismos no podemos superar el escepticismo actual. Los griegos no nos van a salvar. Sin convertirse, san Agustín, el clásico, es un charlatán. Hoy padecemos el mismo mal, hay que ir más allá de las palabras. Como dice Heidegger en su último escrito sobre san Agustín: es que el neoplatonismo le impidió a Agustín romper fácilmente con la cultura de la desesperación. Decía Zubiri: vivimos en una oleada de sofismas y de propaganda. Agustín, engañador y engañado, nos pone en guardia contra la propaganda actual. Hay que dejar las palabras e ir a la realidad de las cosas y de la

vida. Ante la actual descomposición de la Historia hay que reaccionar con unas nuevas categorías para hacer un mundo nuevo. La historia como historia de un error (Nietzsche) o como olvido del ser (Heidegger) nos obliga a buscar eso que nos falta, ese mundo nuevo y esa tierra justa, los cielos nuevos y la tierra nueva. Necesitamos la *res,* no *verba:* Dios, el ser, la vida, no palabras. Eso es el reto de la historia y del mundo actual. En Agustín, como dice su amigo Alipio, tenemos un buen guía que nos lleve a los caminos arcanos de la Verdad.

En el diálogo, el profesor Flórez, dijo que hay que apelar a una experiencia profunda, nueva, seria y humana de verdad. Una nueva razón de ser, de vivir y de creer. Puesto que la razón, el hombre pagado de sí mismo, ha sustituido la realidad. Hay que superar el yoísmo y la dogmática individualista.

El profesor José Luis Pinillos habló en el Estudio Agustiniano sobre san Agustín y la psicología. Acababa de recibir el premio Príncipe de Asturias por sus investigaciones en psicología sociológica. El profesor Pinillos ha contribuido enormemente a que la psicología española haya dejado de ser un cuento para convertirse en una ciencia estricta. Ha desarrollado actividades de asesoramiento en momentos delicados de la vida española. Y es conocido que una encuesta suya, durante el anterior régimen, demostró paladinamente que la mayoría no creía lo que creía la mayoría. Es decir, que la mayoría de la gente no aceptaba prácticamente nada de lo que se le decía oficialmente. Esto le llevó a tener que vivir en Venezuela, fuera de su patria. Por lo demás es conocido que el Príncipe de Asturias es un premio que sólo se concede a los más importantes personajes de la ciencias y las letras hispánicas. Para sus alumnos, el profesor Pinillos, además de un gran profesor e investigador es un gran hombre que conoce perfectamente las actuales escuelas psicológicas de Europa y América.

En su charla, el profesor Pinillos afirmó que san Agustín es un hombre plenamente moderno. Aunque desde el siglo V hasta hoy ha llovido algo, en el pensamiento de san Agustín hay una serie de anticipaciones y problemas sobre los cuales sería posible dialogar hoy y ahora con san Agustín si elegimos términos apropiados. San Agustín, como fue el primer hombre moderno, fue también el primer psicólogo moderno. Sus teorías podemos ponerlas a prueba haciéndolas funcionar por medio de la simulación de un diálogo con san Agustín acerca de los problemas actuales muchos de los cuales planteó ya san Agustín hace quince siglos.

En realidad no somos tan dispares pues en san Agustín termina una época, un imperio y un mundo, y hoy estamos también en el fin de un tiempo, unos imperios y en el fin de la modernidad. San Agustín se anticipa a Descartes y plantea una psicología moderna con páginas muy lúcidas. En las *Confesiones* —que por cierto, dijo el Dr. Pinillos, el primer trabajo que hice en la

universidad como estudiante fue sobre el tiempo en este libro— aparecen muchas cosas interesantes al respecto. Y en primer lugar, san Agustín se anticipa más de mil años a Descartes en el concepto moderno de conciencia. El concepto autobiográfico de conciencia no ha existido siempre, como a veces se cree, sino que es una construcción de siglos. Y en san Agustín culmina un proceso de una conciencia personal que comienza en Grecia y en el judaismo. Con el concepto de hombre interior creado por san Agustín, después de Plotino, se anticipa san Agustín al concepto de conciencia desarrollado después por el idealismo alemán. San Agustín podría dialogar con la psicología de estos últimos años, 10 ó 15 últimos años, después que la psicología había sufrido un eclipse del método introspectivo, de la experiencia interior, del hombre interior que no está reñido con la psicología científica: al contrario, ésta es impensable sin una referencia centralísima al hombre interior, a la conciencia y a la exploración de ese mundo extraordinario.

Es sorprendente cómo san Agustín en la decadencia del imperio romano plantea un tema que es hoy de absoluta vigencia. Pero esto es rigurosamente cierto y hay que decirlo así. Pues sin él la psicología actual sería superficial, alienada y meramente animal. Esto hay que decirlo claramente al celebrar este centenario en reconocimiento a san Agustín. A la psicología le conviene saber esta historia suya para retomar los problemas desde sus orígenes. La psicología del próximo milenio va a tener una gran deuda con san Agustín. Para las personas especialistas en psicología, sería ya suficiente con lo que he dicho. Pero veamos las cosas con más detalle.

En efecto, para el que no sea psicólogo hay otros aspectos más expresivos. Por ejemplo, el problema del sensismo que tanto combate san Agustín es hoy también un defecto grave que la psicología ha arrastrado por mucho tiempo, y está vivo hoy en nuestra cultura. Ahora se comienzan a descubrir sus limitaciones. San Agustín sabe que el hombre pone sentido a lo que le entra por los sentidos. Éstos están bien para lo que son pero no dan más de sí para poner conexión entre las cosas distintas y distantes que conocemos y experimentamos. Por tanto el sensismo es insuficiente sin un sentido interior que da sentido a lo que entra por los sentidos. La psicología cognitiva lo sabe ahora muy bien pero san Agustín ya lo dice hace 1500 años. Es sorprendente, san Agustín conoce como Platón y Aristóteles el *asociacionismo* mental, por semejanzas y desemejanzas y lo dice extraordinariamente bien. Esto es fundamental; gran parte de la vigencia de Freud, aunque muchos no lo crean, se debe a que era un gran escritor, san Agustín también lo era. Bien, san Agustín analiza muy bien los modos de recordar; como se sabe, la memoria es fundamental en san Agustín, y no sólo para san Agustín: no habría identidad personal, ni conciencia de sí mismo sin memoria, que es un proceso capital. Pues bien recordar, dice san Agustín, es por *semejanza*, por *contraste* y *proximidad;* y la razón de

En relación al tema actual de psicoanálisis, san Agustín se refiere mucho a los sueños, vgr., en las *Confesiones.* Dice san Agustín: nada hay más cerca de mí que yo mismo y sin embargo *qué dicífil soy de conocer.* Qué grande es mi misterio. San Agustín se pregunta por lo que no está presente a mi conciencia y esto lleva en sí una proximidad con Freud. Cuando el hombre duerme, los monstruos aparecen y el sueño de la razón produce monstruos. Las pulsiones sexuales le preocupan a san Agustín. Él inconsciente es una problemática absolutamente presente en san Agustín, vgr., se pregunta por qué queremos ver lo repelente por ejemplo, un hombre despedazado. Es como una *vis a tergo,* algo que me coge por la espalda a la razón. San Agustín va revelando las razones ocultas de su conducta, es una especie de espeleología psicológica que ilumina la luz del alma que es el alma de las almas, la vida de la vida, es Dios vida del alma. La *vis a tergo* de Freud es en san Agustín luz *a tergo.* Hay grandes paralelismos entre ambos, y un caldo común de cultivo. La psicología tomista no tiene drama, es técnicamente interesantísima, pero sólo la psicología de san Agustín tiene drama y recoge realmente el conflicto de la existencia humana: La lucha del hombre inferior y el superior, el drama de la responsabilidad humana, los mecanismos de defensa están insinuados en san Agustín. Y no es una exageración decir que se adelanta san Agustín varios siglos.

¿Cómo ha sido esto posible? Es un largo proceso el que culmina en san Agustín, siempre es así. La conciencia refleja o el estar advertido de sí el hombre, que culmina en el Renacimiento, se inicia en Platón y sigue en Plotino, pero es en el hombre interior de san Agustín cuando se personaliza la conciencia. Antes esta conciencia personal propiamente no la hay. Una monografía reciente de la Sorbona titulada: *La génesis de la conciencia moderna,* advierte, con acuerdo general, que sólo en las tragedias de Sófocles y Eurípides se insinúa el tema de la conciencia como realidad no meramente colectiva. Tampoco en la filosofía griega hay una conciencia personal auténtica, en el *Alcibíades* de Platón parece que se insinúa pero si uno continúa leyendo se ve que no es así. Sólo con el cristianismo y san Agustín, la conciencia biográfica personal, responsable y singular surge propiamente, no en Grecia. Y no hay libertad sin conciencia biográfica, responsable, personal, por eso en Grecia no hay hombre libre propiamente. No basta que haya una universalidad mostrenca como en el ser impersonal aristotélico. El Dios de san Agustín es paterno filial que deja libertad; esa relación personal, en responsabilidad, es lo que hace del concepto de conciencia personalizada en san Agustín, la identidad personal. Y eso da paso a la conciencia cartesiana y a Kant.

Kant especialmente dice: La conciencia personal no está en ninguna parte, ni en el cerebro con sus trasmisores, ni en las neuronas, etc. Pero sin la conciencia nada existiría para mí. Eso es la base del idealismo alemán. También insiste en la responsabilidad individual. Aunque con puntos de vista diferen-

tes, la subjetividad moderna es preparada por san Agustín. En efecto, él vive en un mundo en estertores, es el mundo clásico que agoniza y se viene abajo, inseguro ya de todo. Esa inseguridad provoca la necesida de seguridad interior del hombre que se refugia en una seguridad interior inaccesible a las tensiones exteriores, inexpugnable a las agresiones del medio hostil externo y, en el caso de san Agustín, basándose en el máximo garante de la seguridad que es Dios. Así san Agustín se encuentra con la máxima seguridad inexpugnable de Dios. Su conversión, pues, la provoca ese mundo exterior del mal, inseguro en una situación *castastrófica.* Hipona como Roma va a ser cercada, en todo el Imperio la catástrofe es inminente, entonces como hoy, se bambolean las columnas del templo. Aquel mundo se viene abajo, es nuestro fantasma nuclear. El fin de la civilización. La espada de Damocles es la corrupción, la violencia, el desorden, y se busca una salida a la catástrofe amenazadora. Ante esta situación, como dice René Thom, que desborda el sistema, éste o se destruye o se readapta en un nivel superior con un salto cualitativo como hacen los seres vivos. Y ésa es la gran maniobra ejemplar de san Agustín con la experiencia del hombre interior y la conciencia personal abierta a la trascendencia. Eso es la conversión. Cuando todo parece destrucción se responde creativamente con la nueva dimensión del hombre interior y éste es el que nos salva de la catástrofe al crear un nuevo mundo. San Agustín vive unas tensiones immensas, son los grandes acontecimientos que le llevan a un giro y reconversión de su vida desde el paganismo —Roma y Grecia— al judaísmo-cristianismo de su mundo familiar cristiano. El es el héroe que hace lo que suelen hacer los genios: integrar lo que destruye al hombre, lo que destruye al hombre normal, vulgar, se asume en un plano creador y de nueva conversión. Es el hombre que soñó de niño que estaba en la playa y tenía que meter el océano en sí. Así descubre a Dios en la *scintila animae,* y humanamente descubre al hombre que está alienado, fuera de sí, una nueva vida: lo interioriza, lo vuelve de nuevo en sí, le da la libertad, la dignidad. Ésa es la mayor contribución de san Agustín al futuro del hombre, al presente del hombre, a la dignidad humana.

—En el diálogo el profesor Pinillos dijo que aunque el personalismo judeo-cristiano es cierto que ya había iniciado el tema de la personalidad, sin embargo es san Agustín el que le da realmente forma y actualidad al problema como realidad autobiográfica y personal en el sentido moderno. —En cuanto al llamado pesimismo de san Agustín, afirmó que no es algo que se invente él, el problema está ahí, en Platón, en los gnósticos, en todos. Precisamente san Agustín no era un misógino, sino que él refleja un conflicto, un dramatismo de la vida humana porque no existe el hombre máquina como tal. En Aristóteles también hay un gran problema entre inteligencia y sensibilidad. En la vida humana hay un dramatismo en lo sexual como hay un dramatismo en la violencia. Es un problema del hombre, no es que se lo invente san Agustín, él lo

vive y describe. La psicología escolástica es mucho menos dramática, pero la vida es drama y no sistema. Incluso se podría decir que san Agustín es muy moderado. Lo que pasa es que molesta a los que conciben al hombre sin tensión, pero ese hombre no existe, en la realidad, eso es una falsificación del hombre. Eso lo vio san Agustín mejor que Descartes pero los que no conocen a san Agustín hablan sólo de Descartes. Pero en realidad se refieren a san Agustín.

El profesor Álvarez Turienzo, agustino, de la Universida pontificia de Salamanca, uno de los cuatro o cinco grandes en España en los temas agustinianos, nos visitó para hablar sobre la religión política y san Agustín. Ha escrito últimamente un buen libro sobre ética. Y es un profesor bien conocido entre nosotros y en la Universidad Pontificia de Salamanca donde ha sido decano de filosofía durante varios años. Tiene muchas publicaciones y es un autor muy fundamentado con un conocimiento muy bueno de los pensadores y del pensamiento más reciente en Europa.

El título de *religión política* quiere decir que la cultura en tiempo de san Agustín tiene su última justificación en la religión; la cultura abarca todas las realidades humanas, incluida la política, y esa justificación de la política por la religión es lo que llamamos religión política. San Agustín es un intelectual crítico de la cultura de su tiempo y su crítica se concreta en la crítica de la religión política de los romanos.

Lo que desea san Agustín es encontrar la verdadera sabiduría, la auténtica cultura, la verdadera filosofía: saber dar sentido a la vida, para gobernarse y encontrar el propio fin. La filosofía está ordenada a la felicidad. Los paganos y sus pensadores parece que ya no dan garantías de conseguir la felicidad. Su filosofía, su cultura y sus instituciones fallan en ese cometido, pues no dan ni la felicidad ni razón de la vida del hombre. Por felicidad se entiende *hacer lo que se quiere, queriendo lo bueno,* vivir a voluntad, no vivir a desgana ni a contratiempo.

Vemos que hoy hay un malestar en la cultura (Freud), no vemos que nos lleve a buen fin, se percibe el malestar en la cultura, en cada cual, el hombre está inquieto, duda de su cultura. Se suele decir: este tiempo no me va, vamos pues a hacer otro, otra cultura. En Roma, el Estado es el resumen de todos los valores, en ética como en estética. Y el Estado se apoya en los dioses de la ciudad. San Agustín critica ese apoyo último y definitivo del Estado, de la cultura de su tiempo.

Lo vamos a ver en *La ciudad de Dios.* Los diez primeros libros son una crítica del paganismo y sus legitimaciones. Para san Agustín la buena cultura es *La ciudad de Dios* frente a los dioses del paganismo que no sirven. En los cinco primeros libros se demuestra que los dioses paganos no nos llevan a la felicidad. Y sin ésta, la vida no vale la pena. Por tanto, los cristianos no tienen

la culpa de nada. Es más, los romanos se refugiaron en los templos cristianos y así salvaron su vida.

En los libros que van del VI al X de *La ciudad de Dios,* se hace crítica directa a los dioses paganos y se dice que sólo el Dios cristiano da al hombre la vida verdadera, aquí y en el más allá. Un pontífice y un polígrafo, Scévola y Varrón, defiende a los dioses paganos. San Agustín desbarata su cultura y establece que de ahora en adelante, el cristianismo es la nueva cultura y es la revolución de las importancias en las vidas humanas como dice Marx.

Según Scévola hay tres teologías: 1.ª La mítica propia de los poetas, Hesíodo, Virgilio, que fundamentan así el mundo en los dioses. Platón dice de ellos que hay que ponerlos a raya. La sociedad, en gran parte, se fundamenta en los poetas y sus simbolismos. 2.ª Teología de los filósofos, teología natural. Pero los dioses con garantía son los dioses civiles y a ellos tienen que ceder los dioses de los poetas y de los filósofos. Según Scévola no hay que dejar a los filósofos intervenir porque son perjudiciales, dan en pensar y dicen que los dioses son divinizaciones humanas. Al dar en pensar se cae el Estado. Por eso se elimina a Sócrates. Son cuestiones de vida o muerte. Según Scévola los dioses de los filósofos son peligrosos porque no guardan el orden de la ciudad. 3.ª Teología de los sacerdotes y cultos públicos que se practican en la religión civil de la ciudad y la protegen con su orden.

En Varrón, según san Agustín, se ve que hay una lucha de dioses, de teologías, de filosofías o ciencias, en especial entre la teología fabulosa de los mitos, con la teología natural y física de los filósofos y la religión civil que utiliza el pueblo. Varrón hace lo mismo que Scévola. Piensa que las fantasías no son buenas para el gobierno. No hay tampoco que fiarse de los filósofos. Y se inclina por la religión civil tan provechosa para la ciudad. Séneca criticó esta religión de la sociedad y no es casual cómo le fue. No fue ortodoxo y decía: Por encima de los dioses civiles y míticos está el Dios verdadero más allá de la ciudad.

Varrón cree en los dioses naturales pero se ve obligado a dar culto a los civiles. Lo lógico era haber elegido los dioses que admiten la razón, la religión del Dios único, le dice san Agustín pero los romanos eran así. Según san Agustín, los poetas no son buenos educadores y confunden las cosas. No nos sirven para la vida, pues a los dioses les atribuyen mayores felonías e inmoralidades que a los hombres y eso no lleva a la felicidad que es querer lo bueno.

Sobre los dioses civiles san Agustín dice que sus liturgias no son cultos porque no son dioses, son hombres divinizados. La ciudad debe estar por encima de esos dioses, criaturas suyas, artificios de dioses. En cuanto a los dioses de los filósofos, san Agustín los critica en el libro VIII de la *Ciudad de Dios,* sobre todo por Platón. Sócrates suprimió todos los dioses menos el único verdadero. Se necesita una vida sin otra cosa que no sea vida. Hay muchos

filósofos que nos dan muchos dioses y muchos programas, pero no un Dios de la vida. La multitud de sectas las invalida. Y esa religión no nos soluciona nada, pues no afecta a la vida. La religión romana no sirve realmente para nada según san Agustín, no ampara realmente la vida ciudadana, de hecho no ha amparado la ciudad de Roma ni a los romanos.

Agustín busca una *via universalis animae liberandi.* Según Agustín hay que pasar de la religión civil pagana, a la de los filósofos y de ahí a la cultura espiritual cristiana. En un texto del año 390, Agustín denuncia el escándalo de que en los templos paganos se veneren unos valores y fuera de ellos los filósofos dicen todo lo contrario. Es la escisión de las culturas... Los filósofos no podían discutir en los templos porque arruinaban la religión. Entonces Agustín busca una religión con capacidad para la filosofía. Y en el capítulo V del *De vera religione* dice: La filosofía y la religión verdaderas son lo mismo pero hay que cristianizar la filosofía y razonar la religión. Superada la religión cósmica se supera la teología pagana. San Agustín nos dice que el hombre se convierte y se acera a Dios. El conocido texto *Noliforas ire...* significa: No vayas a la religión cósmica y poética, *vuélvete a ti mismo.* También los filósofos dicen eso y lo siguen. Y lo siguiente también: *En el interior del hombre habita la verdad.* Ni los académicos renunciaban a buscar la verdad que era una cuestión acuciante. Y continúa san Agustín: *Si encuentras tu naturaleza mudable, trasciéndete a ti mismo.* Es decir, si hasta donde llega la filosofía te parece cósmico, simple naturaleza, *transciéndete.* (Palabra nueva para la filosofía). Se trata de un más allá del mundo, Dios es algo mejor que lo mejor del mundo. Hay algo más allá que lo mudable-cósmico. Y acuérdate que la luz del alma se enciende en la luz divina, dice san Agustín, en Dios. En el *De beata vita,* desde el principio de sus escritos, Agustín se refiere a Dios como distinto de toda las cosas del mundo y de las religiones y realidades terrenas. Así san Agustín inaugura una nueva era, una nueva cultura superando el paganismo y así anima la historia humana por muchos siglos.

En san Agustín hay un proceso de conversión que es el trasfondo de todo lo demás. La historia se explica por procesos, hoy, vgr., el proceso de producción en Marx... En Max Weber el proceso de racionalidad explica toda la historia de Occidente. Para san Agustín, la conversión a Dios es un proceso fundamental. Y ese esquema de san Agustín después cada uno lo llena a su manera pero siempre se trata de una *via universalis animae liberandi.* Las teologías se superan pero los procesos permanecen. Tal es el origen, proceso y fin de la *Ciudad de Dios.*

Es preciso señalar otras cuestiones. Por ejemplo que san Agustín hace unos planteamientos muy profundos que aún nos llegan. Marx habla de una manera parecida a san Agustín, en cuanto al proceso, pero *des-convierte* al mundo: —crítica del cielo, de la religión, es la izquierda hegeliana. —crítica

de la tierra, de los dioses, que se refugian en la política. —nos quedamos con que no hay religión. Ésta es el opio del pueblo. Marx no habla de teología, pero con otros nombres, es un teólogo como otro cualquiera. También Max Weber es parecido aunque menos radical.

Dos preguntas finales. *¿Dónde estamos?* En un mundo que se parece mucho al de san Agustín, en un tiempo de malestar en la cultura. La filosofía actual es crítica de la cultura. Vemos hoy cosas parecidas a las que vio Agustín: promesas falaces, órdenes civiles falsos, manipulaciones o filosofías teóricas. *¿Qué hacer, o adónde vamos?* Hay un pluralismo de ofertas o de caminos de salvación. Ante ellos sentimos perplejidad y nos preguntamos si hay alguna palabra verdadera que decir y si puede decirla san Agustín. Para el profesor Turienzo, o se sigue el camino agustiniano o no hay respuesta. Valga como ejemplo la crítica de Marcuse, que hace una crítica de la sociedad que al fin me deja sin nada... Necesitamos una crítica que se sostenga, que se apoye en algo y no se nos caiga encima. Tenemos hoy el caso de un biólogo como Ayala que después de haber explicado todo, genética, ética y religiosamente, llega a las mismas conclusiones que el *De vera religione* de san Agustín, a saber:

—El hombre desarrolla su capacidad interior (es capaz de autocomprenderse: hombre interior).

—Autoconociéndose es consciente de su mortalidad (si te consideras mudable).

—En la consideración de lo mortal se impone la apertura a lo religioso (hay que trascenderse).

Hay un libro hoy bien recomendable sobre la dimensión religiosa: ZUBIRI, X., *El hombre y Dios.* La dinámica de acercamiento a Dios en la *religación* es igual que la de san Agustín.

—En el diálogo final se habló sobre lo religioso y la política integradas en libertad independiente; eso son los Padres no teocráticos, pero en el agustinismo político que es una cosa del siglo XIV, la religión es arrollada por la política. —Sobre la religión política Turienzo dijo que no es bueno repolitizar, pues eso es como rejudaizar, aunque la religión debe ser comprometida.

N.B. Todos estos resúmenes son de la exclusiva responsabilidad de su redactor.

SAN AGUSTÍN EN LAS ÚLTIMAS PREGUNTAS DE TVE.

El programa de Televisión Española, «Últimas preguntas», emitió un especial dedicado a San Agustín en el centenario de su conversión. Intervinieron sor Angélica Pastor, presidenta de la Confer Femenina Española, Pedro Langa, Octavio Uña, agustinos, además de los profesores Aranguren y Ramiro Flórez.

El presentador destacó el papel de santa Mónica y la amistad, oraciones y cariño, en la conversión de san Agustín.

El profesor Ramiro Flórez compara la situación de san Agustín y la del mundo actual en cuanto al escepticismo. En ese sentido san Agustín puede ser un buen guía para el hombre actual ya que también él pasa por el escepticismo. La conversión de san Agustín es precisamente una superación de la cultura de la desesperación y la posibilidad de llegar a alcanzar la verdad. Por eso san Agustín, primero se convierte a la sabiduría, quiere encontrar esa sabiduría que prometen los platónicos y que es la belleza suma. Más tarde se convierte al maniqueísmo porque cree que los maniqueos son los que realmente poseen la verdad. Finalmente, decepcionado del mundo maniqueo se convierte al catolicismo y encuentra la verdad plena que es Dios, plenamente divino y plenamente humano, como lo predica la Iglesia católica.

Pedro Langa, profesor del *Augustinianum* de Roma, dijo que san Agustín fue un gran teólogo en el que la teología es fundamentalmente un medio de cultivar la fe al servicio de los fieles y de la Iglesia. San Agustín fue un gran pastor de su pueblo, pastor de almas, en la Iglesia y para la Iglesia. Fue un hombre que vivió profundamente el misterio de Dios y se aproximó también, en toda su hondura, al misterio del hombre; su fe fue caridad en acción, de ahí su resonancia a través de los siglos como hombre de Dios, de Iglesia y de la humanidad en la caridad.

Octavio Uña, profesor en el Escorial y la Universidad de Madrid se internó por el tema de la historia y su sentido. Es el tema de la *Ciudad de Dios* en san Agustín. La historia camina hacia el fin sin fin, hacia el sábado eterno, hacia la felicidad y la paz suprema. Es la historia y el mundo entre lo temporal y lo eterno. Se trata de una búsqueda constante de la felicidad, de la belleza, de la unidad y de la paz. La historia es así un *carmen pulchrum,* un canto precioso que discure, guiado por Dios, entre el tiempo y la eternidad, es la marcha de la ciudad del hombre a la *ciudad de Dios.*

Sor Angélica Pastor, agustina Misionera, dijo que la conversión de san Agustín nos llama a todos a convertirnos. Celebrar la conversión es principalmente convertirse cada uno de verdad. Para ello es necesario tener una auténtica humildad que es la capacidad de reconocer la necesidad que tenemos de ser mejores y de recibir a Dios en nuestra vida. Eso sólo es posible si vemos

que Dios también tuvo la humildad de acercarse al hombre, hasta lo profundo del mal, del misterio del hombre, para que este hombre pueda salvarse.

También destacó la presidente de la Confer femenina la enorme influencia del apoyo familiar en la conversión de san Agustín para que éste se reencontrara a sí mismo y, en sí mismo, a Dios.

Insistió igualmente en la necesidad de poner un especial empeño personal en la conversión puesto que como dice san Agustín: Dios que te creó sin ti no te salvará sin ti. Es posible y necesario convertirse. Finalmente dijo que si queremos encontrar la felicidad es necesario que nos convirtamos puesto que buscar la felicidad es buscar a Dios y encontrar a Dios es la felicidad plena como dice también san Agustín...

El profesor Aranguren comenzó diciendo que san Agustín había sido el primer hombre moderno al descubrir por primera vez el sentido profundamente humano de la interioridad, de la intimidad, de la autorreflexión que es la forma de volverse a sí mismo, de volver en sí, como quiso hacer el hombre moderno y san Agustín relata en sus *Confesiones*. También destacó en san Agustín el sentido histórico que le hizo vivir realmente en el tiempo, en su tiempo, de una forma personal y social. Igualmente, san Agustín, nos enseña a detectar el mal para que el hombre pueda hacerse profundamente mejor. En ese sentido san Agustín es un gran optimista, cree firmemente en la amistad y en el sentido de la historia que camina hacia la ciudad de Dios. Finalmente, como hombre de frontera, san Agustín nos puede guiar también hoy, ya que vivimos tiempos fronterizos.

DOMINGO NATAL